

La solidaridad entre los asistentes facilitó la urgente evacuación de la sala

Dos centenares de jóvenes, la mayoría de ellos universitarios, estaban en la discoteca Clangor cuando la bomba hizo explosión

Santiago (Redacción, por José Luis Alvite). La proximidad de la fiesta de El Pilar adelantó al miércoles la tradicional suelta estudiantil de todos los jueves. Miles de jóvenes desbordaron como siempre cafeterías, pubs y discotecas. A las tres y veinte de la madrugada, Clangor registraba dos tercios de entrada, con

dos centenares de clientes. La discoteca está a la salida del viaducto de A Rocha, en la carretera de Padrón. El lugar ofrece aparcamiento fácil y una selección musical que conecta desde hace años muy íntimamente con los gustos de la juventud universitaria.

Seguramente en camino hacia Noia para dejar como regalo de la madrugada el mensaje de sus bombas, viajeros del Ejército Guerrillheiro do Povo Galego Ceive detuvieron su gira en el estacionamiento de Clangor y entraron en la discoteca. El guarda de seguridad no observó nada extraño y se comprende, porque la estampa de la fiel clientela de Clangor es de presencia muy diversa, incluso extravagante.

Los viajeros del pánico pasaron a la discoteca llevando por equipaje un artefacto probablemente cargado con gelamonita traída desde Portugal y equipado con un dispositivo de relojería para cronometrar el terror. La música era arrolladora y Fernando Pereira, uno de los propietarios del local, pinchaba discos con la fácil rutina de sus bastantes años de oficio en la cabina. Los bafles trepidaban y los traficantes de sangre del EGPGC se acomodaron de pie al lado de una de las columnas de sonido, justo al lado de la entrada, muy cerca de una especie de graderío en el que suelen beber y hablar los estudiantes mientras se va animando la velada hasta llegar al clímax de las cuatro y media de la madrugada.

Terrible bofetada

«Fue una explosión seca, como una terrible bofetada», según la descripción de Tomás Pereira, otro de los hermanos comprometidos en «la hermosa aventura de diez años de Clangor. La tosca tecnología bélica de los «guerrilleiros» debió estremecerse con las vibraciones conmovedoras de la música pinchada por Fernando Pereira. Se disparó la torpe mecánica de los criminales danzárines y sobrevino la tragedia. La fortísima explosión hizo temblar el apretado panorama. Se produjo un apagón y automáticamente se prendieron las luces de emergencia. Con la penumbrosa señalización el espectáculo no podía ser más dantesco:



Los estudiantes organizaron espontáneamente la evacuación de la sala

docenas de jóvenes habían sido materialmente arrastrados por la onda expansiva y en el lugar del que se vio salir la «explosión negra» del paquete de los «guerrilleiros» quedaron esparcidos por el suelo, como un puzzle espeluznante, piernas y manos, dedos, trozos de carne con cabellos ensangrentados, restos de la impensada artillería en la que se convirtieron los muros. El baffle que seguramente precipitó la catástrofe voló hecho metralla y tal vez esa fue la munición que destruyó a una muchacha, la presunta «guerrillera» María Dolores Castro Lamas, a la que se encontró en el suelo con sus cuatro miembros amputados. Faltaban apenas cuarenta minutos para las cuatro de la madrugada, ese instante en el que, según Tomás Pereira, se produce la «hora mágica» de Clangor. En su casa de La Coruña, Tomás Pereira

Revuelta, padre de los empresarios de la discoteca, daba pinceladas a un cuadro encargado por Amnistía Internacional. «¿Qué ironía!», exclamaban ayer sus hijos en la rueda de prensa en la que mostraron su estupor, su pesar y su indignación por el cruel protocolo del Ejército.

Fernando salió despedido en la cabina. Un proyectil le partió algunos dientes y si hubiese volado unos centímetros más arriba, ahora estaría en manos de los circunspectos caballeros de las pompas fúnebres.

«Todo el mundo —advierde Tomás Pereira con el aplomo adquirido en su rodaje como abogado y asesor jurídico del Banco Popular en Compostela— reaccionó con extraordinaria sangre fría». Superado el momento de la sorpresa, ensordecidos por el rock mortal del Ejército, los estudiantes orga-

nizaron instintivamente la evacuación de la sala. Se da la circunstancia favorable de que Clangor siempre tiene abiertas las puertas de emergencia y esa franquicia sirvió de escape a la deflagración de la bomba. «De lo contrario —cree Tomás—, con toda seguridad se hubiese desplomado el edificio y habría docenas de muertos».

Solidaridad

«Todo funcionó como si se tratase de un ensayo», comenta el mayor de los hermanos Pereira. Los estudiantes salvaron en silencio a sus compañeros de velada. Nadie dio sensación de aturdimiento y la evacuación fue en realidad un primoroso, aunque dantesco, modelo de solidaridad. Docenas de coches particulares cargaron a los heridos y los distribuyeron por los sanatorios y hospitales de Compostela en una dramática

procesión de sangre y mutilaciones.

A los pocos minutos de ocurrir la tragedia ya estaba la Policía en Clangor. En opinión de los propietarios, «los policías ciertamente se portaron de cine y nos llenaron a todos de sincera emoción y de gratitud».

También los bomberos tuvieron magníficos reflejos para acudir al drama de A Rocha y sus potentes reflectores ayudaron al sobrecogedor escrutinio. Un bombero retiró de los escombros una pierna con un zapato; otro recogió delicadamente una mano; había dedos en la penumbra; y tímpanos reventados y ojos muy abiertos que tardarán en llevarse con los párpados la memoria gráfica del horrible infierno de Clangor. Todos estuvieron diligentes, silenciosos y estupefactos. Únicamente llegaron tarde y sin prestigio las ambulancias. Fernando Pereira las alertó con su cabalística frialdad manchando con la sangre de su boca el bozal del teléfono. «Pero no me hicieron el menor caso y sólo acudieron cuando les requirió la Policía». Ya era tarde: los coches de los estudiantes prácticamente habían concluido la angustiosa gimkana. Tres cuerpos habían sido recogidos prácticamente sin vida. Se cree que los dos «guerrilleiros» portaban en sus manos la gelamonita. «El que juega con fuego —sacaron luego en conclusión los empresarios de Clangor— sabe que se puede quemar»...

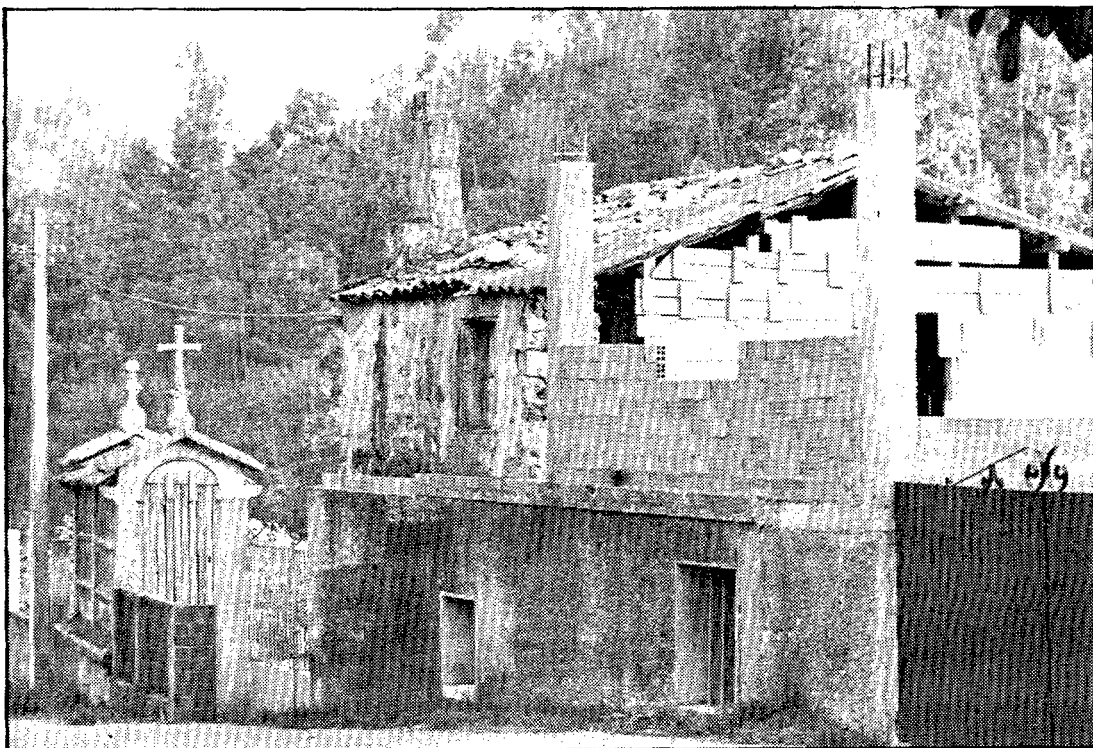
En La Coruña sonó el teléfono y Tomás Pereira dejó secar los pinceles y la espátula. Le habrán venido a la memoria los tres infartos sufridos y la imagen aún fresca de la muerte de su esposa, Enriqueta Pena. Tragado el sapo de las terribles noticias, avisó al resto de los Pereira. La macabra capacidad de los guerrilleiros para la escenografía acababa de conocer un avance tristemente espectacular, con un rastro de tres muertos y más de cuarenta heridos.

El presunto «guerrillheiro» muerto vivía en Culleredo y tenía un hijo de meses

La Coruña (Redacción). La muerte del presunto integrante del Ejército Guerrillheiro José Ignacio Villar Regueiro causó una fuerte impresión en el lugar de Cillobre (Culleredo), en donde vivía desde hace unos meses. Los vecinos mantuvieron un mutismo casi general sobre la vida que llevaba el joven. Todos los lugareños parecen ignorar cuál era su medio de vida, si bien algunas personas que le conocían precisaron que su esposa ejerce como pedagoga en el centro de salud de Culleredo y, al parecer, dio a luz hace unos tres meses.

El supuesto portador del artefacto que explotó en la discoteca Clangor tenía 27 años y contrajo matrimonio civil hace aproximadamente un año, según una vecina de Cillobre, que también indicó que en alguna ocasión el fallecido salía con su coche en las primeras horas de la madrugada. Un compañero de colegio afirmó que «últimamente, después de casarse, perdió contacto con la gente de la parroquia».

Un conocido de José Ignacio Villar aludió a la condición «nacionalista» del fallecido. También manifestó que «era algo depresivo, pero nunca necesitó tratamiento por este motivo». La casa de José Ignacio Villar, que perteneció a sus abuelos y que estaban reparando el fallecido y su esposa, permaneció cerrada durante toda la mañana de ayer, y vigilada por efectivos policiales, que no descartaron la posibilidad de realizar un registro de la vivienda.



La casa de José Ignacio Villar perteneció a sus abuelos y estaba siendo reparada